

oraciones, todo el pueblo cantaba también el *Pater noster* como en Oriente, mientras que el rey cantaba el sacerdote solo, como en el día. El obispo daba la bendición á los fieles, y se administraba la comunión que todos iban á recibir al altar. Los que no recibían la Eucaristía, tomaban unos panes benditos como señal de que estaban en la comunión de la Iglesia. Se ve que las liturgias presentaban diferencias bastante considerables en el orden de las oraciones y en las partes accesorias del sacrificio; pero en todas el fondo era el mismo como de institución divina ó apostólica.

Después de la muerte de San Agustín, de Cantorbéry, continuó su sucesor Lorenzo trabajando en el acrecentamiento de la nueva Iglesia de Inglaterra, y extendió igualmente su celo á las Iglesias del país de Gales ocupado por los bretones. Estos, como los irlandeses, celebraban la fiesta de Pascua el día catorce de la luna cuando caía en domingo, en vez de diferirla para el domingo siguiente, según el decreto de Nicea y la práctica de la Iglesia universal. Además tenían muchos usos contrarios á la disciplina de la Iglesia romana, sobre todo en la administración del bautismo. Por último, era tanta la aversión á los sajones ó ingleses que se habían apoderado de su país, que se negaban á proporcionarles por su parte la luz del Evangelio. San Agustín había intentado hacerlos mudar de opinión y reconocer la jurisdicción que había recibido del Papa, cuyo legado era, y había tenido muchas conferencias con los obispos y principales doctores de los bretones, especialmente los del célebre monasterio de Bancor, tan poblado que se dividía en siete partes, y la mas pequeña contenía trescientos monjes; pero todos los esfuerzos del santo obispo, y aun la curación milagrosa de un ciego obrada á presencia de ellos, habían sido infructuosos. El arzobispo Lorenzo hizo nuevas tentativas, y juntamente con Justo y Melito escribió á los bretones y á los de Irlanda para persuadirlos que siguieran la práctica de la Iglesia universal. Tampoco produjeron efecto estas cartas (1).

A poco tiempo sufrió la Iglesia de Inglaterra un trastorno violento. En el año 616 murió el rey Etelberto, á los cincuenta y seis de reinado: por sus virtudes ha merecido ser puesto en el número de los santos. De su primera muger Berta dejó un hijo llamado Edbaldo ó Etebaldo, que le sucedió, y dos hijas que fueron célebres por su piedad. Edbaldo abandonó la religión cristiana, y se entregó á todo género de vicios. Su ejemplo fué una ocasión de apostasía para los que no habían abrazado el cristianismo sino por complacer á Etelberto, y volvieron á la idolatría y á su vida licenciosa. El rey de Essex ó de los sajones orientales, murió también hacia la misma época, y dejó tres hijos asimismo paganos que volvieron á ejercer públicamente la idolatría, y aun echaron á los misioneros

(1) Beda, *Hist.* lib. II.

de sus Estados. Los obispos de Lóndres y de Rochester, desalentados con la inutilidad de sus atanes y las persecuciones que tenían que sufrir, se retiraron á la Galia. Lorenzo, de Cantorbéry, estaba resuelto á irse también; pero se le apareció de noche San Pedro, le reprendió fuertemente y le castigó por su poco ánimo. Después de esta corrección milagrosa, se expuso á todos los peligros y trabajos para sostener la obra de Dios. El rey Edbaldo le escuchó precipio y se convirtió; pero no pudo atraer á los que habían renunciado á la religión.

Su hermana mayor se casó con Edwino, quinto rey de Nortumbria, entonces el mas pujante de los ingleses. Esta princesa, llamada Edelburga, procuró la conversión del rey y de sus vasallos. Cuando Edwino pidió su mano, se le contestó que no era lícito dar una doncella cristiana á un pagano. Edwino declaró que no se negaba á abrazar la religión cristiana, si después de examinarla maduramente la juzgaba la mas santa y digna de Dios. En virtud de esta respuesta se le envió la princesa acompañada de Paulino, que fué consagrado obispo de aquel reino el 21 de Julio del año 625. Llegado á Nortumbria trabajó en fortalecer en la fé á los pocos cristianos que iban con él, y aun trató de convertir á los paganos; pero al principio con muy poco fruto. El Papa Bonifacio, sabiendo las buenas disposiciones del rey Edwino, le escribió una carta en que le exhortaba á hacerse cristiano, y le representaba la grandeza del verdadero Dios, la vanidad de los ídolos y el ejemplo de los otros príncipes, y sobre todo, del rey Edbaldo su vecino. Asimismo escribió á la reina Edelburga para que hiciera todos los esfuerzos á fin de ganar para Dios al rey su esposo. Al mismo tiempo le envió presentes de parte de San Pedro, á quien llama el protector de los ingleses. No tuvo la satisfacción de saber el efecto que sus cartas habían producido, porque murió de allí á poco tiempo.

Edwino permitió bautizar una hija que había tenido en la reina Edelburga; y al partir á hacer la guerra al rey de Wessex ó de los sajones occidentales, que había intentado asesinarle, prometió abrazar el cristianismo si alcanzaba la victoria, y desde entonces se abstuvo de toda superstición idolátrica. Habiendo vuelto victorioso hizo que le instruyese el obispo Paulino, y después de maduras reflexiones, resolvió recibir el bautismo, y no pidió mas que el tiempo conveniente para disponer á los principales de la nación á que se bautizaran con él. Un Pontífice de los ídolos, en quien tenía el rey mas confianza, oyendo hablar á San Paulino de la verdadera religión, exclamó: "Bien veía yo hace mucho tiempo que lo que adorábamos no era nada, porque cuanto mas buscaba la verdad, entre nosotros, menos la encontraba. Ahora la veo brillar en esta doctrina que nos puede proporcionar la verdadera vida y la felicidad eterna." Este Pontífice fué el primero que destruyó públicamente todo lo que servía de apoyo á la idolatría, y aconsejó al rey que em-

pleara su autoridad para establecer el cristianismo. Edwino fue bautizado en York el día de Pascua del año 627, con toda la nobleza y mucha gente del pueblo. Inmediatamente comenzó a construir una gran iglesia que sirviera de catedral á Paulino, quien puso su silla en York, cuyo primer obispo fue. Era tan grande el fervor del pueblo, que habiendo ido Paulino un día con el rey y la reina al territorio de Adregin, estuvo catequizando y bautizando treinta días sin interrupción desde por la mañana hasta por la noche. Al principio bautizaba en los ríos, porque no se habían podido construir aún bautisterios, lo que manifiesta que se bautizaba por inmersión. El Papa Honorio escribió al punto á Edwino, felicitándole por su conversión y exhortándole á la perseverancia. Al mismo tiempo envió el palio á los metropolitanos de York y de Cantobery con potestad de consagrar recíprocamente á sus sucesores sin tener que recurrir á Roma. Despues de la muerte de Lorenzo, San Melito gobernó la Iglesia de Cantobery, donde le sucedió Justo, que no tardó en volver con él á Inglaterra. Muerto este último, fué elegido en su lugar Honorato, á quien consagró Paulino.

El rey Edwino era tan celoso por la fé, que persuadió al rey de Estaglie que la abrazara con todo su pueblo. El obispo Péliz, natural de Borgoña y consagrado allí, fué enviado por el arzobispo de Cantobery á aquella nacion de los ingleses orientales, y trabajó con tanto fruto, que convirtió toda la provincia. Estableció su silla en Dummok, donde murió al cabo de diez y siete años. San Paulino, de York, predicó tambien la fé en las provincias comarcanas, y convirtió al gobernador de Lincoln, donde edificó una iglesia. La paz era tan profunda en los Estados del rey Edwino, que llegó á ser proverbial; pero este buen principe no vivió mas que cuarenta y ocho años, y fué muerto el de 633 combatiendo con el rey de Gales, que se habia rebelado y reunido con Penda, principe inglés de la nacion de los mercios. La victoria fué la ruina de la Iglesia naciente de Nortumbria, porque Penda era pagano como todo su pueblo, y Cadawallo, rey de Gales, aunque cristiano de profesion, no daba oídos mas que á su odio furioso contra los ingleses. Quería exterminarlos de la Gran Bretaña, y mandaba matar hasta las mugeres y los niños, sin ningun respeto hácia la religion cristiana que habian abrazado. Los pueblos de Gales estaban tan irritados contra ellos, que no tenían mas comercio con los ingleses cristianos que con los paganos; esta incomunicacion duraba todavia en tiempo de Beda, cien años despues. En medio de esta desolacion de la Iglesia y del reino de Nortumbria, Paulino se vió reducido á huir con la reina Edelburga y sus hijos, y se retiró al reino de Kent, donde gobernó la Iglesia de Rochester, cuyo obispo acababa de fallecer. En York dejó al diacono Santiago para cuidar de los cristianos.

Por la muerte de San Edwino se dividió el reino de Nortumbria,

entre dos principes que despues de haberse bautizado, reincidieron en la idolatría; pero á poco tiempo fueron ambos derrotados y muertos por Cadawallo. Oswaldo, hermano de uno de dichos principes y sobrino de Edwino, tomó la corona y con un corto ejército deshizo las numerosas tropas del rey breton que fué muerto en la batalla. Atribuyóse esta victoria á la piedad del principe, porque antes del combate plantó una cruz á la cabeza de su campamento é hizo gritar á todo el ejército: "Arrodillémonos y pidamos al Dios Todopoderoso que nos defienda de nuestro soberbio enemigo." Este sitio se llamó despues el campo celestial, y se obraron allí muchos milagros. Luego que Oswaldo quedó dueño del reino, pensó en hacer cristiana toda la nacion. Se habia instruido y bautizado en el célebre monasterio de Hy, fundado á fines del siglo anterior en la isla de Ykolkmill en las costas de Escocia al Norte de Irlanda, y allí envió á pedir un misionero capaz de trabajar en la conversión de sus vasallos. Primeramente le enviaron un sacerdote de un carácter duro, que no produjo ningun resultado; mas despues fué elegido otro llamado Aidano, que se consagró obispo, y su mision dió frutos copiosísimos. No sabia la lengua inglesa mas que imperfectamente; pero el rey que habia aprendido la de los irlandeses en el tiempo que habia estado refugiado entre ellos, se complacia en servirle de intérprete; lo que acreditaba su ministerio evangélico á los ojos del pueblo. Cada día iban nuevos misioneros á predicar la fé en los Estados del rey Oswaldo, y los que eran sacerdotes administraban el bautismo. El rey edificaba iglesias, en diferentes lugares, y daba terrenos para fundar monasterios, donde aprendia la juventud inglesa las letras y la disciplina regular, porque la mayor parte de estos misioneros irlandeses eran monges formados en el monasterio de Hy. Era entonces su abad el presbitero Segenio, quien envió á San Aidano á Inglaterra con algunos otros monges. Este, con permiso del rey, estableció su silla episcopal en Lindisfarne, península que dista cuatro millas de Warwick en Escocia, y que la marea reducía á isla dos veces al día; despues se llamó isla santa. San Aidano predicaba mas aun con sus ejemplos que con sus discursos. Siempre viajaba á pié aun en las excursiones mas penosas, y mostrando un desprendimiento absoluto de los bienes del mundo: en cuanto los principes ó los grandes le hacian algunos donativos, se apresuraba á distribuirlos á los primeros pobres que encontraba. El rey Oswaldo hizo tambien admirables progresos en la virtud. Era el rey mas poderoso de Inglaterra, y dominaba cuatro naciones de esta isla, que hablaban cada una su lengua, bretones, pictos, escoceses é ingleses; mas aprovechándose de las instrucciones de San Aidano, se hizo humilde, afaible para con sus vasallos y caritativo sin límites: no cesaba de asistir á los pobres y á los enfermos, y pasaba una parte de la noche en oracion. En su tiempo, San Birino, enviado á Inglaterra por el

Papa Honorio, predicó la fe en el reino de Wessex ó de los sajones occidentales que todavía eran idólatras, y estableció su silla en Dorchester despues de haber convertido al rey y gran parte de la nacion. Meidulfo, piadoso y sábio solitario, fundó á poco tiempo el célebre monasterio de Malmesbury en este mismo pais. Oswaldo fué muerto en una batalla el año 642, á la edad de treinta y ocho, por Penda, aquel mismo rey de los mercos que ocasionó la muerte de San Edwino. El lugar en que pereció San Oswaldo, se hizo célebre por muchos milagros: llevaban tierra de allí, y echándola en agua, curaba á los enfermos. A aquel santo rey sucedió su hermano Oswino, que reinó ocho años. En el segundo de su reinado, murió San Paulino, antes arzobispo de York, y entonces obispo de Rochester; en el reino de Kent: su sucesor fué Ilamar, natural del pais, y recomendable por su ciencia y virtud: le consagró Honorio, arzobispo de Cantorbey. Cuatro años antes había muerto Edbaldo, rey de Kent, á quien sucedió su hijo Erconherth, que reinó veinticuatro años. Este fué el primer rey inglés que ordenó por edicto derribar los ídolos en todo su reino y observar el ayuno de cuaresma, imponiendo penas á los contraventores. Su hija Eartongata, se consagró á Dios y pasó al monasterio de Santa Fara, en Francia, cuya abadesa fué mas adelante. Como en Inglaterra había pocos monasterios, muchas personas pasaban á los de Francia, y otras enviaban sus hijas para que se instruyeran en la piedad (1).

Mientras que la fe se propagaba entre las naciones bárbaras del Occidente, las Iglesias de Oriente sufrían calamidades de toda especie. Habiendo muerto Ciriacó, de Constantinopla, en el año 606, le sucedió Tomás, diácono y tesorero de la Iglesia mayor. Como este nuevo patriarca hubiese sabido que muchas cruces se habían movido por sí mismas de un modo milagroso, llamó á San Teodoro Sicota á Constantinopla y le preguntó qué significaba aquel prodigio. El santo le respondió que aquel movimiento de la cruz anunciaba la próxima irrupcion de los bárbaros, la ruina de las iglesias, la desolacion de las provincias y el derramamiento de mucha sangre. Tomás debió á las oraciones de San Teodoro la gracia de morir para no ser testigo de estos desastres. Su sucesor fué Sergio, uno de los autores de la secta de los monotelitas, que ocupó la silla patriarcal cerca de treinta años. En el de 607 murió San Eulogio, de Alejandria, despues de haber prestado grandes servicios á la Iglesia: había compuesto muchos escritos contra los novacianos y etíquianos de que no quedan mas que fragmentos. Su sucesor Teodoro solo gobernó dos años aquella Iglesia, y fué degollado por los hereges. En su lugar se puso á Juan, apellidado despues el Limosnero, célebre por su virtud y celo á favor de la fe y por sus limosnas increíbles. Por el mismo tiempo mataron los ju-

(1) Beda, *Hist.* lib. III.

dos á San Anastasio II, patriarca de Antioquia, en una sedicion que excitaron contra los cristianos, y le arrastraron ignominiosamente por la ciudad: con él perecieron muchos ciudadanos de los principales. Se ve por la muerte desastrosa de estos patriarcas, cuán débil era el gobierno de Focas. Los persas asolaban el imperio, y se formaban diariamente conjuraciones que Focas trataba de prevenir derramando la sangre de los personajes mas ilustres. Al fin le destronó el del gobernador de Africa, cuyo hijo, Heraclio, pasó á Constantinopla á instancias del senado con una fuerte flota que arribó el domingo 4 de Octubre del año 610. Al dia siguiente fué sacado Focas de la Iglesia donde se había refugiado, y llevado á la presencia de Heraclio, que mandó cortarle la mano derecha y la cabeza: una y otra fueron paseadas por la ciudad, y el cadáver arrastrado ignominiosamente, por último, reducido á cenizas. En el mismo dia el patriarca Sergio coronó emperador á Heraclio, que reinó treinta años.

Los persas habían roto la paz en tiempo de Focas, se pretexto de vengar la muerte de Maurício y sus hijos. En el primer año del reinado de Heraclio, tomaron á Edesa y á Apamea, y llegaron hasta Antioquia: luego se apoderaron de Cesarea de Capadocia y de Damasco; y habiendo pasado el Jordan el año 614, conquistaron la Palestina y la ciudad de Jerusalem. Mataron muchos miles de clérigos, monges, religiosos y vírgenes: incendiaron las iglesias, hasta la del Santo Sepulcro, y arrebataron todos los objetos preciosos, vasos sagrados sin cuento, y reliquias con sus urnas, entre otras la verdadera cruz. El patriarca Zacarias fué llevado cautivo con una multitud del pueblo. Los judios comparon muchos de estos esclavos para matarlos, y perecieron así cerca de cien mil personas. El patricio Nicetas pudo salvar dos reliquias preciosas, la esponja y la lanza de la pasion, y las envió á Constantinopla. La esponja estuvo expuesta al pueblo en la Iglesia mayor el 14 de Setiembre, fiesta de la Exaltacion de la Cruz, y la lanza unas seis semanas despues (1).

Ocho dias antes de la toma de Jerusalem, una tropa de árabes embistió la laura de San Sabás. Todos los solitarios habían huido, excepto cuarenta y cuatro de los mas ancianos y virtuosos: los bárbaros despues de haber saqueado la Iglesia, cogieron aquellos viejos venerables, los atormentaron desapiadadamente muchos dias seguidos para obligarlos á descubrir los tesoros que en su concepto tenían escondidos; y por fin, viendo frustradas sus esperanzas, se enfurecieron y los despedazaron. Sus cuerpos estuvieron mucho tiempo insepultos; pero despues de retirarse los bárbaros, Modesto, abad del monasterio de San Teodosio, los recogió todos y los enterró con solemnidad. La Iglesia honra á estos cuarenta y cuatro

(1) Theophan.—*Chron. Pasch.*

solitarios como otros tantos mártires. El abad Modesto, en ausencia del patriarca Zacarías, se encargó de la diócesis de Jerusalem, y de todos los monasterios del desierto. Hizo reedificar las iglesias incendiadas, y en esta ocasión recibió grandes socorros de San Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, cuya inagotable caridad se ostentó particularmente en estas calamidades públicas. Los estragos que los persas hacían en la Palestina y la Siria, obligaron á una multitud de personas de todas condiciones á buscar un asilo en Egipto. Juan recibió á todos los que acudieron á él y atendió á todas sus necesidades: proporcionó los auxilios necesarios á los enfermos y heridos en los hospitales, y dió órden de tenerlos y cuidarlos allí mientras ellos quisieran permanecer: él los visitaba dos ó tres veces á la semana. Mandaba dar diariamente una moneda de plata á todos los indigentes, para su subsistencia, y doble cantidad á las mugeres para preservarlas de los peligros á que está expuesta la debilidad de su sexo. Habiéndose presentado á recibir limosna algunas personas ricamente vestidas y con brazaletes de oro, los encargados de la distribución se quejaron al patriarca, quien respondió: "Si queréis ser mis económicos ó mas bien los de Jesucristo, obedeced simplemente el precepto evangélico de dar á todos los que piden. Aun cuando todos los pobres del mundo acudieran á Alejandría, no agotarían los inmensos tesoros del Señor." Sin embargo, la multitud de refugiados y la carestía de víveres ocasionada por la escasez, apuraron muy pronto todos los ahorros de la Iglesia. El santo patriarca tomó á préstamo unas mil libras de oro de varios ciudadanos religiosos; mas cuando las hubo gastado, como cada cual empezase á temer por sí, no halló quien le diese prestado. Entonces un habitante rico que deseaba ser diácono, aunque habia sido casado dos veces, le ofreció doscientas fanegas de trigo y ciento ochenta libras de oro para sus limosnas si queria ordenarle. "Este recurso, respondió el santo, me vendria muy á tiempo; pero como vuestra ofrenda no es pura, no puedo recibirla." Inmediatamente fueron á anunciarle el arribo de dos grandes naves que habia enviado á Sicilia en busca de trigo. No contento con asistir así á todos los que se presentaban á él, envió á las provincias asoladas algunas personas de confianza con dinero, víveres y vestidos para socorrer á los infelices que no habian podido retirarse á otra parte, y partieron dos obispos y el abad del monte San Antonio con sumas de consideracion para redimir á los cautivos. Remitió al abad Modesto, de Jerusalem, mil sacos de trigo candeal y otros tantos de legumbres, mil cajas de pescado seco, mil toneles de vino, mil operarios de Egipto y otras tantas piezas de oro y libras de hierro para reparar las iglesias de la Palestina. Por aquí pueden calcularse las riquezas de la Iglesia de Alejandría, así como por la suma de cuatro mil libras de oro que encontró el santo obispo en el tesoro episcopal al tiempo de su consagracion. Ademas,

se lee en la vida del mismo, que esta Iglesia perdió un dia en una borrasca, trece grandes naves cargadas (1).

San Juan el Limosnero era natural de Chipre é hijo del gobernador de la isla: habiendo perdido su muger y sus hijos, se dió enteramente á la práctica de las buenas obras, edificó monasterios, fundó hospitales para los pobres, los enfermos y los extranjeros, y fué admirable desde entonces por sus grandes limosnas. No era mas que simple seglar cuando le eligieron para ocupar la silla de Alejandría; pero sus eminentes virtudes parecieron motivo bastante para dispensar en esta parte. En cuanto fué consagrado, llamó á los económicos de la Iglesia, y les dijo: "Id por toda la ciudad, y traedme una lista exacta de todos mis amos." Preguntáronle con asombro qué entendia por sus amos, y él respondió: "Son los que vosotros llamais los pobres." Ascendian éstos á mas de siete mil y quinientos, y mandó darles limosnas todos los dias. Cuidó de evitar que se usasen pesos y medidas falsas en la ciudad, y publicó un decreto en su nombre, imponiendo á los contraventores pena de confiscacion de todos sus bienes en beneficio de los pobres; lo que manifiesta cuál era la autoridad de los patriarcas de Alejandría aun en lo temporal. Habiendo descubierto que los empleados de la Iglesia se dejaban sobornar para obrar con parcialidad en el rescate de los cautivos, llamó á aquellos á su presencia, y sin hacerles ningun cargo, aumentó sus salarios prohibiéndoles recibir nada de nadie: quedaron tan penetrados de este proceder, que muchos ni aun quisieron recibir el aumento de asignacion. Supo tambien que la multitud de empleados y secretarios impedia que llegasen libremente las quejas á sus oidos: resolvió, pues, dar audiencia pública dos veces á la semana, para lo cual se sentaba á la puerta de la iglesia todos los miércoles y viernes, y estaba conversando familiarmente con unos pocos amigos á fin de que todos pudiesen acercarse con confianza. Un dia que habia esperado desde por la mañana hasta mediodia sin que se hubiese presentado nadie á la audiencia, se retiró derramando lágrimas. San Sofronio que estaba presente, le preguntó en voz baja la causa, y San Juan le respondió: "Porque no tengo ninguna buena obra que ofrecer hoy en expiacion de mis pecados." Al contrario, repuso Sofronio, debéis alegraros de haber pacificado tan bien vuestro rebaño, que todos viven juntos sin desavenencia como los ángeles." El santo patriarca no podia consentir que se le tratara á él mejor que al último de los pobres. Dormia en una mala cama con un cobertor hecho pedazos: un habitante de los principales de la ciudad le dió otro que habia costado treinta y seis piezas de plata: el santo le admitió por no desairarle; pero la idea de que tantos pobres se morian de hambre y miseria, le trajo inquieto toda la noche y no le dejó dormir. A la mañana

(1) Leont. Vit. S. Joanni.

siguiente envió á vender el cobetor para distribuir su precio en limosnas. El que se lo habia regalado le compró y se lo remitió otra vez. El santo le vendió segunda y tercera vez, y dijo al rico piadoso que siempre le compraba: "veremos quién de los dos se causa antes." Solía ir él mismo á asistir á los moribundos, y encargaba con instancia que se cuidara de mandar decir misas por ellos. Hacía labrar poco á poco su sepulcro, y mandó que fuesen á avisarle con frecuencia que se acababa, á fin de tener mas presente la idea de la muerte. Todos los discursos inútiles estaban desterrados de sus conversaciones, cuya materia eran ó los asuntos de su Iglesia, ó la vida de los santos, ó conferencias sobre la Santa Escritura y la teología. Instruía á su pueblo con celo y cuidaba de preservar-le de la seducción de los hereges que abundaban en su diócesis. Viendo un dia que muchos fieles se salian de la iglesia despues del Evangelio, se salió él tambien y se sentó en medio de ellos; y como manifestasen su sorpresa, les dijo el patriarca: "Hijos míos, donde están las ovejas, allí debe estar el pastor. Por vosotros asisto yo á la iglesia, porque yo podria decir misa en mi casa." Por donde se ve que los obispos tenian ya entonces oratorios ó capillas domésticas. San Juan honraba particularmente á los monjes y se complacia en su compañía. Sus amigos y confidentes mas íntimos, eran Juan Mosco y Sofronio, ambos célebres por sus virtudes monásticas. Respetábalos como sus padres, y en todo se guiaba por su parecer. Como eran muy sábios, los empleaba átilmente para combatir á los severianos y demas sectarios, y trabajaron en esto con tanto fruto, que apartaron de la heregia muchos lugares y monasterios. El santo patriarca encargaba cuidadosamente á los fieles que no comunicaran jamas con los hereges, aun cuando debieran privarse toda la vida de la comunión cristiana, es decir, del ejercicio público de la religion. La invasion de los persas en Egipto le obligó á huir y se retiró á la isla de Chipre, donde murió á poco tiempo hácia el año 618. Juan Mosco abrazó la vida monástica en el célebre monasterio de San Teodosio, de Palestina, y San Sofronio, natural de Damasco, habia entablado amistad con él aun antes de renunciar al mundo. Las correrías de los bárbaros que assolaban el Oriente, los obligaron á mudar á menudo de residencia, y despues de haberse retirado sucesivamente á muchas lauras de la Palestina y de la Siria, fueron juntos á Egipto, donde visitaron los monasterios de mas nombradía. Una irrupción de los bárbaros habia dispersado á los solitarios de Scetis; pero Sofronio y Mosco encontraron todavía algunos que los admiraron con la relacion de las virtudes que acostumbraban practicar. Para manifestar hasta qué punto se llevaba allí el desprendimiento, les contaron que habiendo necesitado un monge enfermo un remedio en que entra ba el vinagre, no se halló este ingrediente en las cuatro lauras, que contenian unos tres mil y quinientos solitarios. No menos edificados

quedaron en la Tebaida, en Antinoe y en las inmediaciones de Alejandria. El temor de los persas los obligó á salir de Egipto al mismo tiempo que San Juan el Limosnero, y se retiraron á Chipre con algunos discípulos: luego pasaron á Roma, donde murió Juan Mosco á poco tiempo. Allí compuso su Prado espiritual, que llamó así para denotar que estaba todo sembrado de flores, es decir, de milagros ó grandes ejemplos de virtud que habia aprendido en sus diversos viajes. Este libro se divide en doscientos diez y nueve capítulos, dispuestos mas bien segun el órden de materias que el de tiempo: su estilo es sencillo, pero variado y fácil. Mosco cita en todas partes los autores de cuya boca habia sabido aquellas historias, y refiere ingenuamente los hechos como los habia oido contar, dejando al lector que haga reflexiones. A pesar de algunas narraciones singulares ó pueriles, se hallan muchas cosas edificantes, y son de notar muchas pruebas de la fé y disciplina de la Iglesia. Un herege severiano, furioso porque su muger habia recibido la comunión de los católicos, la cogió de la garganta y la obligó á echar la sagrada hostia que arrojó al lodo; pero la arrebató un relámpago. De allí á dos dias se le apareció un etiope cubierto de andrajos, y le dijo: "Yo soy el sacrilego que hirió á Jesucristo en la mejilla, y tú acabas de incurrir en la misma condenacion que yo." El herege se convirtió, abrazó la vida monástica, y no cesó de llorar su pecado. Esta historia ofrece una prueba incontestable de la fé de la Iglesia tocante á la presencía real. Juan Mosco dedicó su Prado espiritual á Sofronio, su discípulo mas distinguido; lo que ha hecho que se atribuya á veces á este último, y es de creer que tuvo mucha parte en aquella obra. Sofronio se volvió al Oriente, donde segun veremos muy pronto, ejerció su celo contra la heregia de los monotelitas.

Entre tanto, continuaban los persas haciendo estragos. Invadieron el Egipto, la Libia y hasta la Etiopia, y de todas partes se llevaron un botín riquísimo y una multitud de cautivos. Tambien entraron en el Asia menor, y avanzaron hasta Calcedonia, de suerte que se veia su ejército desde Constantinopla. El emperador Heraclio logró á fuerza de presentes que se retirara el general persa, y en seguida envió muchas veces embajadores al rey Cosroas pidiéndole la paz; pero éste respondió que no la concederia sino con la condicion de que los romanos dexasen el cristianismo por el culto del sol. Preparóse, pues, Heraclio á sostener la guerra; pidió dinero prestado á las Iglesias, levantó nuevas tropas, concluyó la paz con los avaros que invadieron el imperio por el lado de la Tracia, y habiendo celebrado con mucha piedad la fiesta de Pascua del año 622, se puso en marcha al dia siguiente para las fronteras de Persia. Luego que hubo reunido su ejército, recorrió á los soldados todos los males que los persas habian causado al imperio y á la religion. "Ya veis, les dijo, cómo los enemigos de Dios han assolado nuestro pais,

dejado desiertas nuestras ciudades, quemado los santuarios, manchado de sangre los altares destinados al sacrificio incruento, y profanado las iglesias con sus disoluciones y liviandades." Después teniendo en la mano una imagen de Jesucristo que se creía no haber sido pintada por mano de ningún hombre, juró pelear con ellos hasta morir. Reanimadas así las tropas ganó una completa victoria en la Armenia, entró al año siguiente en la Persia, y tomó y quemó la ciudad de Gazac, donde había un templo famoso del fuego, con un palacio que contenía una estatua de Cosroas sentada bajo una bóveda que representaba el cielo, y al redor de este rey el sol, la luna y las estrellas y unos genios de pie que le ofrecían cetros. Después de haber purificado Heraclio su ejército por espacio de tres días, abrió el libro de los Evangelios para decidir dónde debían pasar el invierno; lo que manifiesta que la superstición de la suerte de los santos se practicaba en Oriente lo mismo que en Occidente. Restituyó la libertad á cuarenta mil cautivos, y les suministró todos los auxilios necesarios con una caridad que hizo grande mella en aquellos bárbaros. En las campañas siguientes el emperador prosiguió sus triunfos; y Cosroas, furioso, mandó despejar todas las iglesias de su reino, obligó á los cristianos á abrazar la secta de Nestorio ó la de los jacobitas y condenó á muerte muchos cautivos y entre otros á San Anastasio, de nación persa, que habiendo abrazado el cristianismo se había retirado á un monasterio de la Palestina. Le atormentaron muchos días seguidos para hacerle abjurar la fé; y como se mostrase invencible, mandó Cosroas aborcarle con otros sesenta compañeros. En fin, el año 627 ganó Heraclio una batalla decisiva en que no perdió más que sesenta hombres, y los bárbaros sufrieron una derrota completa. Entonces penetró en lo interior de la Persia, persiguiendo siempre á Cosroas, que á pesar de sus revulsos se obstinaba en no admitir la paz. A poco tiempo cayó enfermo en esta monarca y quiso coronar á Mardesan, su hijo y de su mas querida concubina; irritado sobremanera Siroes, que era el primogénito, se rebeló, tomó el título de rey y trató con Heraclio; no tardó la traicion en cundir por los restos del ejército persa. Cosroas fué preso, cargado de cadenas y encerrado en un tenebroso calabozo que habia construido para guardar sus tesoros. A su vista fueron degollados el hijo que habia querido coronar, y todos sus demas hijos, y él pereció tambien despues de haber sufrido las tratamientos mas bárbaros é ignominiosos por espacio de cinco días (1).

Siroes, muerto su padre, concluyó una paz sólida con Heraclio el año 628, y le restituyó todos los cristianos cautivos en Persia, entre otros Zacarías, patriarca de Jerusalem, juntamente con los maderos de la verdadera cruz, arrebatados catorce años antes. Esta preciosa reliquia fué llevada al pronto á Constantinopla; pero al año si-

(1) *Teoph. Chon. Pasch.—Cedren.*

guiente se embarcó Heraclio para conducirla á Jerusalem y dar gracias á Dios por sus victorias. La cruz estaba en su caja y en el mismo estado que cuando se la llevaron. El patriarca y su clero reconocieron los sellos enteros, y abrieron la caja con la llave ordinaria: la cruz estuvo expuesta á la adoracion del pueblo, y luego se entregó á la iglesia donde habia costumbre de guardarla. La Iglesia latina celebra el día 14 de Setiembre la memoria de la Santa Cruz restituida por Heraclio; pero los griegos no hacen mencion sino de la aparicion de la Cruz á Constantino, aunque unos y otros llaman igualmente á esta fiesta la Exaltacion de la Cruz.

Hasta entonces habia mostrado Heraclio mucho celo por la religion; echó á los judios de Jerusalem y les prohibió acercarse á tres millas de distancia; restituyó á los católicos la iglesia de Edesa y las otras que habia dado Cosroas á los nestorianos; señaló rentas anuales á las iglesias de Constantinopla en pago de los vasos y alhajas que se habia visto precisado á tomar para los gastos de la guerra; pero tuvo la desgracia de ceder á la artificiosa seducción de algunos sectarios, y vino á ser el fautor de la heregia de los monotelitas. Como los entiquianos veian condenados sus errores por la autoridad del concilio de Calcedonia y la decision de la Iglesia universal, algunos juzgaron á propósito modificarlos ó encubrirlos á lo menos con otras fórmulas, y no pudiendo reparo en reconocer dos naturalezas en Jesucristo, determinaban implícitamente la distincion de ellas por no querer admitir mas que una sola operacion y una sola voluntad; de suerte que intentaban por este medio aprobar al parecer el concilio de Calcedonia, sin abjurar por eso el fondo de su doctrina; porque era evidente que si la naturaleza humana no tenia voluntad ni accion propia, quedaba absorbida de hecho por la naturaleza divina, y el misterio de la redencion con todos los actos de la vida mortal de Jesucristo no presentaba ninguna realidad. Así se volvía á caer en el entiquianismo mas rigoroso. No tardaron los sectarios en conocer que sus errores no podian causar ilusion por hallarse poco encubiertos bajo esta nueva fórmula; y esforzándose en presentar como no decidida é inoportuna la cuestion de una ó dos operaciones en Jesucristo, se limitaron por algun tiempo á sostener expresamente la unidad de voluntad con la esperanza de que pasase con mas facilidad su doctrina bajo una fórmula así limitada, que excluía al parecer simplemente dos voluntades contrarias. Por esto se les dió el nombre de monotelitas ó mas comunmente monotelitas, y consiguieron por este medio atraer á su partido muchos católicos, cuya fé sorprendieron con la ambigüedad de la última fórmula. Así, entre los monotelitas hubo entiquianos rigorosos, que admitian la unidad de operacion y de voluntad como que encerraba implícitamente las dos naturalezas; semi-entiquianos, que mirando las dos naturalezas como unidas, á pesar de la distincion, de manera que no formaban mas que una sola, no veian únicamente

en la naturaleza humana un instrumento pasivo del Verbo encarnado, y representaban la unidad de operacion como una consecuencia de la unidad de persona; por último, gran número de católicos, que sin declararse formalmente sobre una ó dos operaciones, no dejaban de conservar en realidad la creencia de la Iglesia acerca de este punto, y si admitían la unidad de voluntad, era como exclusion de dos voluntades contrarias. Los semi-etiúquianos monotelitas, al reconocer la actividad y la facultad de querer en la naturaleza humana, se limitaban á disputar su ejercicio: los etiúquianos rigurosos desechaban la actividad misma; y esta diversidad de opiniones produjo las variaciones que se notaron según las circunstancias en la exposicion de las doctrinas de la secta. Pero en el fondo los principios de unos y otros conducian á las mismas consecuencias.

Durante la guerra con los persas, tratando Heráclio de atraer los partidos que habian despedazado la Iglesia en Oriente, tuvo conferencias con cierto Pablo, gefe de los etiúquianos de Armenia, y con Anastasio, patriarca de los jacobitas de Antioquia; é instándolos para que admitieran el concilio de Calcedonia y confesaran dos naturalezas en Jesucristo, Anastasio, llevado de la esperanza de ser reconocido como patriarca de Oriente, respondió que consentia, con tal que despues de la union de las dos naturalezas no se admitiese mas que una sola voluntad y una sola operacion. El emperador consultó sobre esta respuesta á Sergio, de Constantinopla, quien no vació en aprobar la doctrina de Anastasio, porque siendo hijo de padres jacobitas, habia abrazado tambien de mucho tiempo atras el monotelismo, cuyo autor dicen que fué Teodoro, obispo de Parán en la Arabia. Sergio, para dar mas crédito á este error, compuso una carta fingida de Mennas al Papa Vigilio, en la que se enseñaba formalmente la unidad de operacion y de voluntad, y con toda diligencia la envió á Teodoro. En seguida la comunicó con una aprobacion de este último á Pablo, el Tuerto, gefe de los etiúquianos, para atraerle á la comunión católica. Tambien intentó reunir á la Iglesia por este medio los sectarios de Pablo de Samosata, que teniendo á Jesucristo por simple hombre, no podian atribuirle mas que una operacion. Heráclio, recibida la respuesta de Sergio, creyó que podia fácilmente poner término á las divisiones y ganar á los etiúquianos. Escribió, pues, á los principales obispos para que aprobaran la unidad de operacion, y pasando al pais de los lazos, propuso su proyecto á Ciro, metropolitano de Faside. Este como que titubeó al principio; pero habiendo visto la carta de Sergio al emperador, y consultado por sí á este patriarca que le envió con su respuesta la fingida de Mennas, se declaró partidario del monotelismo, favoreció el plan de Heráclio con todo su poder, y á poco tiempo consiguió en recompensa de su celo la silla de Alejandría, que vacó en el año 630 por muerte de Jorge, sucesor de San Juan el Limosnero (1).

(1) *Teoph.—Cedren.—Mus. Disp. cum Pyrrh.*

Luego que Ciro ocupó esta silla, se puso de acuerdo con Teodoro, de Parán, y trabajó según el plan y miras del emperador en reunir en la Iglesia las diferentes sectas de etiúquianos que abundaban mucho en Egipto. Para este objeto formó nueve artículos de doctrina sobre la Trinidad y la Encarnacion, todos ortodoxos, excepto el sétimo, en que declaraba que el mismo Jesucristo producía las acciones divinas y humanas por una sola operacion teándrica, es decir, divina y humana á un mismo tiempo; de suerte que la distincion no existe mas que en nuestro entendimiento. San Sofronio que se hallaba entonces en Alejandría, se echó á los pies del patriarca para persuadirle que suprimiera aquel artículo; pero sus representaciones fueron inútiles. Los teodosianos y jacobitas no pusieron dificultad en firmar los nueve artículos de Ciro, y fueron todos juntos á recibir la comunión en la iglesia mayor de Alejandría. Esta reunion se efectuó el 3 de Junio del año 633: los etiúquianos la consideraron como un triunfo, y decian públicamente, que los defensores del concilio de Calcedonia se habian resuelto al cabo á reunirse á ellos, y que reconociendo una sola operacion confesaban tambien una sola naturaleza. Sofronio, no habiendo adelantado nada con el patriarca de Alejandría, marchó inmediatamente á Constantinopla para representar á Sergio contra estas novedades; pero no sacó mas fruto. Sergio aprobó la conducta y la doctrina de Ciro en una carta, en que se ve claramente su inclinacion al etiúquianismo. "Habeis tenido enteramente razon, le dice, en enseñar como San Cirilo, una naturaleza del Verbo encarnado y una hipóstasis compuesta, distinguiendo solo con el pensamiento las partes que entran en la union." Habiendo sabido despues que Sofronio acababa de ser elegido patriarca de Jerusalem á su regreso á Oriente, quiso prevenir al Papa Honorio, y le escribió una carta artificiosa en que protesta primero que no quiere hacer nada sino de acuerdo con él: entrando luego en materia cuenta el origen de la cuestion; pero tiene cuidado de omitir la parte que habia tomado en ella, y da á entender que no habia sabido nada hasta que Ciro le habia consultado; y viniendo á hablar de la reunion de los etiúquianos y de las gestiones de San Sofronio, añade: "Le hemos instado á que nos mostrase pasages de los Padres, en que se enseñe claramente que hay que reconocer dos operaciones en Jesucristo; pero no ha podido hacerlo; de modo que no hemos juzgado conveniente condenar los artículos que han traído tantos hereges á admitir el concilio de Calcedonia. Sin embargo, para terminar estas disputas de palabras, hemos escrito al patriarca de Alejandría, ahora que la reunion es cosa hecha, que no deje hablar mas de una ó dos operaciones, y que haga reconocer un solo y mismo Jesucristo, obrando las cosas divinas y humanas; porque la expresion de una sola operacion, aunque se encuentra en algunos Padres, hace temer que se quieran confundir las dos naturalezas; y muchos se escandalizan del término de

dos operaciones, porque no se encuentra en ningun Padre, y ademas supone que se deben reconocer en Jesucristo dos voluntades contrarias; lo cual es impio." Por último, Sergio afirma que el mismo San Sofronio ha reconocido el inconveniente de estas disputas, y prometió no hablar mas ni de una ni de dos voluntades. Bien se ve cómo abundaban en esta carta las ocultaciones y la mentira.

Honorio, engañado con estos artificios, creyendo que en efecto solo se trataba de una disputa de palabras, y deslumbrado con la esperanza de atraer al seno de la Iglesia la multitud de sectas eutiquianas de que estaban llenos el Egipto y el Oriente, aplandó el celo aparente de Sergio, y aprobó en un todo su conducta. "Hemos recibido la carta en que nos manifestais que un tal Sofronio, entonces monge, y ahora obispo de Jerusalem, ha suscitado disputas y nuevas cuestiones de palabras contra nuestro hermano Ciro, que enseña á los hereges convertidos una sola operacion en Jesucristo; pero que habiéndonos presentado Sofronio ha desistido de sus quejas despues de recibir por escrito vuestras instrucciones, en las cuales hemos notado mucha prudencia, y os alabamos por haber terminado esta novedad de palabras capaces de escandalizar á los débiles. Nos confesamos una sola voluntad en Jesucristo, porque la divinidad tomó nuestra naturaleza, tal como estaba antes de ser corrompida por el pecado, y no una naturaleza viciada con inclinaciones ó deseos contrarios á la ley del espíritu. No vemos que la Escritura ni los concilios nos autoricen para enseñar una ó dos operaciones; ó si alguno ha hablado así por acomodarse á la debilidad de las inteligencias, no se debe formar un dogma, porque es una cosa manifiesta por toda la Escritura, que Jesucristo es uno solo que opera por la divinidad y la humanidad; pero no debe importarnos el saber si á causa de las obras de la divinidad y de la humanidad se ha de decir ó entender una sola ó dos operaciones, y dejamos esta cuestion de palabras á los gramáticos. Debemos desechar estas expresiones nuevas que son un germen de escándalos, no sea que las personas sencillas sorprendidas de los términos de dos operaciones, nos crean nestorianos, ó al contrario se nos mire como eutiquianos si no admitimos mas que una sola."

San Sofronio, promovido á la silla de Jerusalem á fines del mismo año 633, reunió inmediatamente un concilio en la Palestina, y segun la costumbre envió á los obispos de las primeras sillas una carta sinodal, que contenia su profesion de fé con una exposicion luminosa de la doctrina católica sobre las dos operaciones en Jesucristo. Señala circunstanciadamente las acciones propias de la naturaleza humana, las de la naturaleza divina, y por fin, las acciones mixtas en que intervenia el concurso de las dos naturalezas, como por ejemplo, ciertos milagros en que una operacion corporal ejecutaba la obra de la potencia divina. A este último género aplica el término de operacion teándrica que se halla en las obras atribuidas

á San Dionisio Areopagita, aunque puede aplicarse igualmente á todas las acciones de la naturaleza humana en el sentido de estar sujetas á la direccion personal del Verbo divino. El Papa Honorio aunque recibió esta carta, no desistió de su anterior opinion, y escribió á San Sofronio y á Ciro exhortándolos á abstenerse de los términos nuevos de una ó dos operaciones en la exposicion de la fé. Tambien envió otra carta á Sergio, en que le comunicaba lo que acababa de escribir á aquellos dos patriarcas, y explicándose de nuevo sobre esta disputa decia: "No hay que hablar de una ni de dos operaciones á causa de la poca inteligencia de los pueblos, y para evitar las dificultades de muchas cuestiones interminables; pero debemos enseñar que cada una de las dos naturalezas en Jesucristo obra en perfecta armonía con la otra, la naturaleza divina lo que es de Dios, y la naturaleza humana lo que es de la humanidad. En vez de decir con algunos una sola operacion, se debe confesar un solo operante, un solo Cristo en dos naturalezas reales; y en vez de dos operaciones, dejando á un lado estas expresiones, confesar mas bien con nosotros dos naturalezas, es decir, la divinidad y la humanidad operando en la sola persona del hijo de Dios sin division ni confusion, cada una lo que le es propio. Los que usan de estas expresiones no discurren que segun que se atribuye á Jesucristo una ó dos naturalezas, se reconoce tambien una ó dos operaciones; lo que es grandísima impertinencia decir ó pensar. He creido que debia escribiros para mostraros la conformidad de mi fé con la vuestra, á fin de que estemos animados de un mismo espíritu." Por las citas que hemos hecho, se ve que Honorio enseñaba en el fondo la doctrina católica sobre las operaciones propias de cada una de las dos naturalezas, y que si no confesaba mas que una sola voluntad, era solamente en el sentido de excluir dos voluntades contrarias, ó en otros términos, toda oposicion de la voluntad humana á la voluntad divina. Pero cometió la falta grave de expresarse acerca de una cuestion de fé en un lenguaje oscuro y equívoco, de desaprobado como una novedad peligrosa la expresion clara y precisa del dogma católico, y de favorecer la heregia, prescribiendo el mismo silencio á los partidarios del error que á los defensores de la verdad. Todo lo que puede decirse para disculparle, es que las distancias de los lugares, las mentiras de Sergio y tal vez la ignorancia de la lengua griega, le impedian conocer la importancia ó el objeto de la disputa, y prever las funestas consecuencias de su carta.

San Sofronio continuó oponiéndose á los monotelitas y recopiló hasta seiscientos pasajes de los santos Padres para combatir el error con la autoridad de la tradicion; ademas, como el mal fuese creciendo de dia en dia, llamó á Esteban de Dora su primer sufragáneo, le llevó al Calvario y le dijo: "Vos dais cuenta al que fué crucificado en este lugar, si despreciais el peligro en que se encuentra la fé. Haced, pues, lo que no puedo yo hacer á causa de la incur-

sion de los sarracenos: id á presentaros á la silla apostólica donde están los fundamentos incontrastables de la fe. Manifestad lo que aquí pasa, y no desistáis de vuestras gestiones hasta que hayais logrado que se condenen estas novedades impías." Estéban no pudo resistirse á tan patética exhortación, y al punto se puso en camino; pero probablemente no llegó á Roma hasta despues de la muerte de Honorio. Este falleció en Octubre del año 638, y fué su sucesor Severino, que no se consagró hasta el mes de Mayo del año 640, por que los monotelitas con su crédito retardaron el consentimiento del emperador. Este principe habia publicado á principios del año 639 un edicto compuesto en su nombre por Sergio, y que se llamó *ectesis*, es decir, exposición, como que era una explicacion de la fe. Comenzaba exponiendo la doctrina católica sobre la Trinidad, y acerca de la Encarnacion marcaba claramente la unidad de persona y la distincion de las dos naturalezas; pero prohibia decir una ó dos operaciones, y daba despues como artículo de fe la unidad de voluntad. El patriarca Sergio congregó un concilio en Constantinopla para pasar este edicto, y luego que le hubieron aprobado los obispos, prohibió enseñar nada en contrario pena de entredicho absoluto para los clérigos y de excomunion para los monjes y seglares. El patriarca de Alejandria no fué menos solícito para que se admitiese aquel en Egipto. Habiendo muerto Sergio de allí á poco tiempo, su sucesor Pirro reunió al punto un nuevo concilio, en el que mandó que todos los obispos aprobasen la *ectesis* pena de excomunion. El emperador la envió tambien al exarca de Ravena para que la sometiera á la aprobacion del nuevo Papa, y no consintió en confirmar su eleccion hasta que los legados que fueron á Constantinopla, dieron una promesa equívoca de futura aprobacion. Sin embargo, el Papa Severino lejos de aprobar la *ectesis* condenó expresamente el monotelismo. No ocupó la Santa Sede mas que dos meses, y le sucedió Juan IV, que fué consagrado hácia fines del mismo año 640. En el intervalo de su eleccion y su consagracion, el clero de Roma, segun la costumbre recibida, respondió á una carta que habian dirigido los irlandeses al Papa Severino. Esta respuesta lleva los nombres de Hilario, arcepreste y vicario de la Sede apostólica, Juan, diacono, otro Juan, primicerio y tambien vicario de la Santa Sede, y por último, Juan, consejero. Aquí se ve quiénes tenían la principal autoridad durante la vacante, á saber, los gefes de los tres órdenes del clero, el arcepreste, el arcediano y el primicerio por los clérigos inferiores. El Papa Juan IV reunió un concilio en el que condenó el monotelismo y la *ectesis* sin declarar nada contra las personas, y se lo participó á Pirro, de Constantinopla en cartas sinodales. Al saber Heráclio esta condenacion, se apresuró á desaprobar la *ectesis*, y escribió al Papa que la habia compuesto muchísimo tiempo antes Sergio, quien le pidió que la firmara y publicara bajo su nombre. "Ahora, añadía, viendo que es un motivo de

disputa declaro á todo el mundo que no soy su autor." Heráclio murió de allí á poco tiempo en Febrero del año 641: su primogénito y sucesor Constantino no le sobrevivió mas que unos tres meses. Creyóse que le habia envenenado la emperatriz Martina su madrastra, que queria sentar en el trono á su propio hijo Heraclonas; pero de allí á algunos meses el senado le desterró con su madre y reconoció emperador á Constante, hijo de Constantino, que reinó veintisiete años. Durante estas revoluciones tuvo que huir el patriarca Piro, y ocupó su lugar Pablo, quien no se mostró menos celoso por el monotelismo. El Papa Juan IV habia escrito al emperador Constantino sin perder momento, exhortándole á suprimir la *ectesis*: en esta carta al combatir el monotelismo, testifica expresamente que Honorio no habia admitido la unidad de voluntad en su respuesta á Sergio, en el sentido de que no habia mas que una para las dos naturalezas, sino solamente para excluir dos voluntades contrarias, es decir, una voluntad de la carne opuesta á la voluntad del espíritu, como en nuestra naturaleza viciada por el pecado. San Máximo hace notar en su conferencia con Piro que este testimonio era mucho mas irrecusable, por cuanto el secretario encargado de redactar la carta del Papa á Constantino le habia sido tambien de Honorio, y por consiguiente podia conocer el sentido de su respuesta mejor que nadie. El Papa Juan IV murió en Octubre del año 642, y en el mismo le sucedió Teodoro que ocupó la Santa Sede seis años y medio. Hácia esta misma época falleció San Sefronio, de Jerusalem, pero no se sabe en qué año. Ademas de su carta dogmática quedan muchos escritos suyos, la mayor parte no publicados aún; y algunos, entre otros una explicacion de la liturgia, no se han descubierto hasta hace poquísimo tiempo. Antes de morir tuvo el dolor de ver caer la ciudad de Jerusalem y la Palestina en poder de los musulmanes, que habian invadido ya gran parte del Oriente (1).

Mahoma, autor de esta secta, era natural de la ciudad de la Meca en Arabia, donde nació hácia el año 570, y pertenecía á la tribu de los corasitas ó corisios, que presuman descender de Ismael por Cedar su hijo primogénito; primeramente se dedicó al comercio, y fué á Damasco de Siria, donde le recibió de factor una viuda rica llamada Cadija: luego se casó con ella y tuvo una hija á quien puso por nombre Fátima. Hácia el año 605 comenzó Mahoma á declararse profeta, y como padecía accidentes de epilepsia, hizo creer que estos eran unos éxtasis durante los cuales conversaba con el ángel Gabriel. Al principio lo persuadió á su muger, á su esclavo, á su primo Ali y á Abubeker, hombre muy distinguido por su mérito y riquezas. Despues ganó otras cinco personas, y á los cuatro años se puso á predicar su doctrina. No intentaba establecer una

(1) Theoph.—Act. S. Max.—Disp. cum Pyrrh.
Tom. II.

religion nueva, sino únicamente restablecer en su pureza la de Abraham é Ismael, mas antigua, decia él, que la de los judíos y cristianos.

Primeramente clamó con energía contra los idólatras, y sentó como punto fundamental de su doctrina la unidad de un Dios soberanamente perfecto y criador del universo. Enseñaba ademas que Dios habia enviado profetas en diversos tiempos para instruir á los hombres, á saber, Noé, Abraham, Moisés, con los otros que los judíos reconocen, y algunos árabes célebres en las tradiciones de su pais. "El mayor de todos los profetas, añadía, fué Jesus, hijo de Maria, nacido milagrosamente sin que ella perdiese su virginidad; este es el Mesías, el Verbo, el espíritu de Dios. Los judíos le quisieron matar por envidia; pero Dios le salvó por milagro. Juan, hijo de Zacarías, los apóstoles de Jesus y los mártires son tambien santos. La ley de Moisés y el Evangelio son libros divinos; pero los judíos y los cristianos han alterado la verdad y corrompido las Santas Escrituras. Por eso me ha enviado Dios para instruir á los árabes. Es menester, pues, renunciar á la idolatría y no adorar mas que á un solo Dios, sin atribuirle nada que sea indigno de él, ni ningun hijo que divida con él el culto supremo que le es debido. Es menester reconocer á Mahoma por su profeta y creer en la resurreccion, en el juicio universal, en el infierno, donde arderán eternamente los malos, y en el paraíso, que es un jardin delicioso, donde los buenos gozarán eternamente de todo género de placeres y deleites sensuales entre una multitud de mugeres hermosas." En cuanto á las prácticas exteriores de la religion, Mahoma prescribió la oracion cinco veces al dia en ciertas horas, y frecuentes abluciones como una disposicion necesaria para la oracion. Tambien ordena la abstiniencia del vino, de la sangre y de la carne de puerco, el ayuno del mes Ramdan y la santificación del viernes, y recomienda la peregrinación á la Meca, á lo menos una vez en la vida, para visitar el famoso templo de la Caabah muy venerado de los árabes, que atribuan su fundación á Abraham. Mahoma prescribe á sus creyentes que se vuelvan siempre hácia aquel templo para hacer oracion. Insistió sobre la necesidad de dar limosna y de pagar el diezmo; pero no cesaba de maldecir á los que él llamaba infieles. Excitaba á tomar las armas para la defensa y propagacion de su secta, prometiendo el paraíso á todos los que murieran en aquellos combates. Mandaba exterminar á los idólatras y á los que abandonasen su doctrina una vez abrazada: por último, enseñaba una predestinacion fatal que arreglaba el destino de cada uno de un modo inevitable. Por todos estos medios supo inspirar á sus sectarios un fanatismo ilimitado y un profundo desprecio de la muerte.

Mahoma hacia escribir sucesivamente las instrucciones que daba á sus discípulos, y llamó estos escritos Alcorán, es decir, la lectura,

ó como diríamos nosotros, la Escritura: decia que estos escritos le eran enviados del cielo por el ministerio del ángel Gabriel. Los discursos del Alcorán carecen de razonamientos, enlace y conexión; pero no de plan. Propenden á autorizar la supuesta mision de Mahoma, asegurando con extremada audacia que habla de parte de Dios, y alegando los ejemplos de Moisés, de los otros profetas y de Jesucristo mismo, que siempre encontraron resistencia en los hombres. Cuenta muchas historias del antiguo y nuevo Testamento; pero casi todas alteradas y mezcladas con fábulas. Se nota cierta ignorancia grosera, como cuando confunde á Maria hermana de Moisés, con Maria Madre de Jesus; y hay contradicciones manifiestas y una infinidad de repeticiones. Sin embargo, da preceptos de moral de cuando en cuando, y prescribe ceremonias de religion ó leyes para el comercio de la vida; pero todo sin ningun órden. A veces hace su apología esforzándose á responder á los cargos que se le dirigian: otras alienta á los suyos, abatidos por una derrota ó cualquier otro accidente; y por todas partes esparce lugares comunes sobre la magestad de Dios, su poder y su bondad, sobre la ingratitude de los hombres, sobre las penas y recompensas de la otra vida, procurando imitar con un estilo pomposo y figurado la elocuencia sublime de los profetas.

La doctrina que enseñaba y las prácticas que proponia, no eran nuevas para la mayor parte de los árabes; porque aunque entre ellos habia muchos idólatras, tambien abundaban los judíos y cristianos. Los árabes, cualquiera que fuese su religion, eran por lo comun muy ignorantes, sobre todo en la Arabia Petrea, á donde apenas concurrían extrangeros. Hacia poco que se habia introducido allí el uso de las letras, y ni aun Mahoma sabia leer ni escribir. Hasta entonces los árabes, como todas las demas naciones, conservaban sus genealogías é historias en verso; pero como estas tradiciones no se fijaban por medio de la escritura, estaban mezcladas con muchas fábulas. Ademas de la poesía tenian una especie de elocuencia, que consistia en pensamientos brillantes, figuras atrevidas y discursos enfáticos, casi siempre sin órden ni exactitud en el raciocinio. Como Mahoma sobresalia en este género de elocuencia y daba con gentes ignorantísimas, les persuadió lo que quiso, porque hablaba de un modo conforme á sus preocupaciones, sin hacer apenas otra cosa que reunir y comentar unas tradiciones y prácticas ya antiguas entre los árabes. Hacia mucho tiempo que los judíos y cristianos les predicaban la unidad de Dios, y hasta los árabes reconocian un primer ser soberanamente perfecto. El vino es raro en aquel pais estéril, y el calor aconseja mayor sobriedad. La circuncision, las abluciones frecuentes y la peregrinación á la Meca, eran prácticas establecidas mucho tiempo antes. Los habitantes estaban acostumbrados á ver á los cristianos orar siete veces al dia y una parte de la noche, ayunar la cuaresma, pagar el diezmo

y dar abundantes limosnas. Casi no quedaba ya mas que abolir entre aquellos pueblos la idolatría, extinguida en todo el imperio romano y desacreditada por todo el mundo.

Mahoma encontró mucha oposicion, sobre todo entre los corisios. Tratábanle de insensato, de endemaniado y de impostor, y le pedían milagros en prueba de su mision, á lo que respondia que solo era enviado para predicar, y que Dios habia hecho bastantes milagros por Moisés, Jesus y los otros profetas; en último recurso acudía á los lugares comunes sobre el poder de Dios, el juicio, el infierno y el paraíso. Los corisios, despues de haberse declarado contra Mahoma, le proscribieron por un escrito fijado en el templo de la Meca. Su doctrina habia hecho ya algunos progresos en el resto de la Arabia, particularmente en Medina, antigua ciudad de comercio á unas setenta leguas de la Meca por el lado del Egipto y de la Siria. Allí se refugió Mahoma, y de esta retirada famosa data la era mahometana llamada egira, es decir, huida. Comienza el 16 de Julio del año 622 de Jesucristo. Mahoma, apoyado en Medina por un partido poderoso, levantó tropas, se puso á su frente y derrotó muchas veces á los corisios, que al cabo hicieron tregua con él el año VI de la egira. Entonces sus sectarios le proclamaron solemnemente su soberano y él se dedicó á darles leyes. Mantuvo el uso de la poligamia con la libertad de repudiar las mugeres y volverlas á tomar muchas veces: él tuvo hasta quince, sin contar un gran número de concubinas; dió disposiciones para la educacion de los niños y el cuidado de los huérfanos, arregló las sucesiones, mandó escribir los contratos y guardar la buena fe en ellos. Hizo muchas leyes para mantener la disciplina militar y otras tocante á la reparticion del botín, y la justicia que en esto observaba le atraía sin duda muchos partidarios. Habiéndolo roto la tregua los corisios en el año VIII de la egira, Mahoma marchó contra ellos con un ejército de diez mil hombres, entró en la Meca sin resistencia, y fue reconocido por profeta y soberano: se contentó con quitar la vida á sus mayores enemigos. Volvióse á Medina, donde continuó residiendo siempre, y solo iba á la Meca en peregrinacion. Por último, en el año XI de la egira, y 632 de Jesucristo, murió este famoso impostor á la edad de sesenta y tres, despues de haber conquistado toda la Arabia: de tantas mugeres como habia tenido, no dejó mas hijos que Fátima, muger de su primo Ali.

En el mismo dia de la muerte de Mahoma reconocieron los musulmanes por su sucesor á Abubeker, uno de sus primeros sectarios que tomó el título de califa, es decir, vicario ó teniente del profeta. Recopiló en un solo volumen el Corán que Mahoma habia mandado escribir en diversos tiempos y lugares, segun las ocasiones, y aun una parte solo se conservaba en la memoria de los musulmanes que lo tomaban de coro. Abubeker tenia mas de sesenta años y solo reinó dos: eran elogiados con especialidad su desinterés y

equidad. Todos los viernes, que son los dias de descanso para los musulmanes, le distribuía todo el dinero del tesoro público, y no se reservaba diariamente mas que unos veinticuatro sueldos de nuestra moneda. Al principio tuvo que apaciguar algunas revueltas, sobre todo, las que ocasionaron tres nuevos falsos profetas; pero estos fueron derrotados y disipados sus partidos. En su corto reinado subyugó Abubeker á los árabes, vasallos de los persas hácia el Irac, ó antigua Caldea, y sus generales se adelantaron hasta la Siria. El sucesor de Abubeker fué Omar, que tomó con el título de califa el de *Emir-Al-Mumenten*, es decir, comandante de los fieles, y estos títulos pasaron á sus sucesores. Observó exactamente la justicia, y siguió la costumbre de Abubeker de distribuir los fondos del tesoro todos los viernes. Reinó diez años, en los cuales extendieron los musulmanes sus conquistas con una rapidez prodigiosa. En el de 634 se apoderaron de Damasco, se establecieron en la Fenicia, vencieron á Heráclio, y le forzaron á abandonar la Siria. No tardaron en conseguir otra victoria de los generales imperiales, y ocuparon la mayor parte de las ciudades. Jerusalem, al cabo de dos años de sitio, se rindió por capitulacion en el de 636, y el santo patriarca Sofronio alcanzó de Omar que los habitantes conservarian sus bienes y el libre ejercicio de su religion. Previniendo Heráclio la toma de esta ciudad, se habia llevado la verdadera cruz á Constantinopla. Omar entró en Jerusalem como en una ciudad santa, vestido de un simple cilicio de pelo de camello, y resolvió establecer allí un lugar de oracion para los musulmanes, á cuyo efecto eligió el lugar en que estuvo el templo de Salomon, y el mismo empezó á quitar las inmundicias de que estaba lleno. De allí á algunos años mandó construir una mezquita. La ciudad de Antioquia se rindió tambien el año 638, y obtuvo, como Jerusalem y Damasco, la conservacion de los bienes y el libre ejercicio de la religion para sus habitantes. Moavia, general de Omar, recibió el título de emir y el gobierno de todo el pais que poseian los musulmanes, desde el Egipto hasta el Eufrates. Así pasó la Siria á su dominacion despues de haber estado bajo la de los romanos durante setecientos cuatro años, desde que la conquistara Pompeyo en el de 688 de Roma. Damasco se hizo capital de esta provincia, y fue disminuyendo poco á poco Antioquia que lo habia sido desde su fundacion por espacio de novecientos cincuenta años: hoy no es mas que un lugar que apenas contiene cuatro mil almas. Al año siguiente 639, pasaron los musulmanes el Eufrates, tomaron á Edesa y toda la Mesopotamia, y conquistaron luego la mayor parte del imperio de los persas: esta conquista les proporcionó riquezas inmensas.

El califa Omar, despues de haberse hecho dueño de la Palestina y la Siria, envió un grande ejército á Egipto al mando de Amru, quien deshizo á las tropas romanas, sojuzgó todo el pais, y puso sitio á Alejandria, que fué tomada el año 640 despues de haberse re-

sistido catorce meses. Así se apoderaron los musulmanes del Egipto, que había estado sujeto á los romanos seiscientos sesenta y seis años desde la batalla de Accio, en la que Augusto derrotó á Antonio y Cleopatra. Alejandria dejó de ser la capital del Egipto; pero subsistió á causa de su puerto y comercio. Amru llamó á Benjamin, patriarca de los jacobitas, que había estado escondido diez años, y le dió letras de salvaguardia. Desde entonces hubo siempre un patriarca jacobita ademas del melquita, es decir, el que seguia la religion del emperador. Entre los jacobitas ó severianos de Alejandria habia uno llamado Juan, y por sobrenombre el Gramático, muy estimado por su ciencia, y Amru le miraba con mucha consideración: Juan le pidió los libros que habia en la biblioteca de Alejandria como inútiles á los musulmanes. Amru respondió que no podia disponer de ellos sin órden del califa: le escribió, pues, y recibió esta contestacion: "Si lo que los libros contienen concuerda con el libro de Dios, el libro de Dios nos basta: si contienen alguna cosa contraria á él, no los necesitamos. Así es menester desahacerse de ellos." Amru mandó repartir los libros en los baños de Alejandria, y dicen que sirvieron para calentarlos por espacio de seis meses, aunque habia cuatro mil baños (1).

Omar fué asesinado por un esclavo persa, mientras estaba orando en público, el año 23 de la egira, y le sucedió Otoman, de la familia de Mahoma, bajo cuyo reinado acabaron los musulmanes la conquista de la Persia: Idgerdis, último rey de esta nacion, fué muerto el año 652. Con el imperio de los persas se abolió la religion de los magos adoradores del fuego ó del sol; y los que no quisieron abandonar la idolatría para abrazar el mahometismo, se retiraron á las Indias, donde se han perpetuado hasta nuestros dias con los nombres de guebras y parsis. Los musulmanes bajo la conducta del gobernador de Egipto invadieron tambien las provincias del Africa hasta el estrecho de Gibraltar, impusieron un tributo á los habitantes, dejaron guarniciones en muchas plazas fuertes, y volvieron cargados de un botín riquísimo. Moavia, gobernador de Siria, creó una marina que le sirvió para hacer excursiones á las islas ó por las costas del imperio; y entonces ó poco despues fué cuando un tal Calinico dicen que inventó el fuego griego ó marino que quemaba bajo del agua. A la muerte de Otoman el imperio de los musulmanes comprendia la Arabia entera, la Persia, la Mesopotamia, la Siria, el Egipto y gran parte del Africa. Aquel califa aborrecido de muchos árabes de cuenta, pereció en una insurreccion á los doce años de reinado. Inmediatamente sus enemigos proclamaron califa á Ali, yerno y primo de Mahoma. Moavia, gobernador de Siria, no quiso reconocerle, y atrajo á su partido á Amru, el conquistador de Egipto. Tambien se declaró contra Ali otro

(1) Aboulfar. *Hist. univ.*—Peoph.—Elmancin. *Hist. Sacra.*

partido á cuya cabeza estaba Aicha, la muger mas querida de Mahoma. Esta última faccion fué deshecha fácilmente; pero no sucedió lo mismo con el partido de Moavia, que se sostenia por la rivalidad de las provincias conquistadas contra el Arabia. Por último, despues de muchos años de guerra, tres árabes formaron el proyecto de terminar aquellas discordias sangrientas con el asesinato de Ali y de Moavia. Este solamente fué herido; pero Ali fué muerto y los hdráranos estaba haciendo oracion en público. Sus partidarios le hdráranos como mártir, y su sepulcro se convirtió en lugar célebre de peregrinacion. Hasan, su hijo, proclamado califa, cedió á poco tiempo sus derechos á Moavia por una cantidad de dinero; y reconocido entonces este por único califa, fué el tronco de la famosa dinastía de los Omniadas. Con todo, la familia de los Alidas conservó muchos partidarios en la Arabia; y de este suceso data la division de los musulmanes en dos sectas enemigas, los schiitas y los sunnitas. La primera mira á los Alidas como los únicos sucesores legítimos de Mahoma, y maldice á todos los demas califas como usurpadores é impíos: tambien desecha las tradiciones orales atribuidas por los sunnitas á Mahoma. Los turcos siguen esta última secta, y los persas la otra. Ademas de estas dos sectas enemigas existen otras cuatro principales y una multitud de subalternas, todas las cuales difieren en varios puntos; pero no dejan de tolerarse.

Despues de la invasion de los musulmanes quedaron reducidas las Iglesias de Oriente á un estado deplorable; muchas estuvieron largo tiempo sin pastores ó en poder de hereges. Los nestorianos levantaron la cabeza en Siria, y los jacobitas ó eutiquianos en Egipto, y desde entonces casi no es ya posible hallar exactamente la sucesion de los patriarcas de Alejandria, Antioquia y Jerusalem. Poco importaba á los musulmanes cuál era la creencia de los cristianos sus vasallos; pero los que estaban en comunión con las sillas de Roma y Constantinopla, eran para ellos sospechosos de fidelidad á los emperadores, mientras que los jacobitas y nestorianos habian cooperado muchas veces al buen suceso de sus empresas: así la política persuadia á los musulmanes que los preferirian á los católicos.